

El general Díaz prisionero. Su evasión de Puebla.

1865

Lo que expresa el ilustre prisionero, respecto de sus días de cautiverio, lo copiamos en seguida: «En Puebla,—dice,— fuimos entregados á fuerzas austriacas, que nos encerraron en tres prisiones distintas, poniendo á los generales, coroneles y tenientes coroneles en la fortaleza de Loreto. Allí nos juntamos con otros prisioneros liberales, entre quienes estaban los generales don Santiago Tapia y D. Francisco O. Arcé, y permanecimos en ese punto como tres meses.

»Estando presos en dicho fuerte, nos volvieron á amonestar, como había sucedido cuando la rendición de Puebla, para que protestáramos no tomar las armas contra la intervención ni el Imperio, y protestaron los más; pero sí recuerdo que no lo hicimos, por lo que respecta á los que junto conmigo fueron hechos prisioneros, el general Tapia, el coronel D. Miguel Castellanos Sánchez, el capitán de artillería D. Ramón Reguera y yo. Castellanos Sánchez, no solamente se negó á protestar, sino que su negativa estuvo concebida en palabras ofensivas para los proponentes, por lo cual le sometieron durante algunos días á obscura y solitaria prisión. Para conseguir las protestas dichas, llegó á amagarse á alguno ó algunos hasta con el fusilamiento.

»No pusieron en libertad á Benítez ni á Ballesteros, sin embargo de haberse prestado á subscribir el documento de protesta, sino pasados varios meses y por recomendación de D. Bonifacio Gutiérrez. Así es que, algunos días después que de Loreto nos pasaron al convento de Santa Catarina, colocaron en mi propia celda á dichos señores; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos y solicitaron del preboste que se les diera otra habitación, lo que concedido, quedé solo, como deseaba, para poder preparar una evasión, y al efecto, desde luego comencé á hacer un subterráneo en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

»Cuando mi trabajo de excavación llegó más abajo del macizo cimiento del edificio, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, porque mi cuarto daba para ella, lo cual había rectificado por diversos medios; pero antes de que pudiera concluir mi obra, me cambiaron súbitamente á otra prisión.

»Efectivamente, habían pasado cinco meses de estar en Santa Catarina cuando se nos trasladó al convento de la Compañía.»

Estando en este último lugar se concedieron ciertas franquicias al general Díaz, que amplió

generosamente el barón D. Juan de Csismadia cuando, por ausencia del conde de Thun, que salió á campaña, quedó aquél con el mando de la plaza. Tales consideraciones del barón hacia el prisionero



EL CONVENTO DE LA COMPAÑÍA, PRISIÓN EN PUEBLA

las tuvo muy á mal el conde á su regreso, y le hizo por ellas un serio extrañamiento á Csismadia, imponiéndole arresto por haber relajado el encarcelamiento del general, quien, al hablar del proceder del citado conde y de la impresión que la conducta subsecuente del mismo hizo en su ánimo, dice en sus apuntes así:

«El mal éxito que el conde de Thun había alcanzado en su campaña de la sierra de Puebla le tenía de mal humor. Al día siguiente de su arribo á Puebla vino á la prisión y me llamó al salón de la corte marcial, que estaba en el mismo edificio, y allí me previno, con maneras bastante duras, que firmara una carta, previamente escrita, en que ordenara yo al general D. Juan Francisco Lucas que no fusilara á los jefes y oficiales traidores que tenía prisioneros, porque el gobierno imperial se proponía canjearlos por algunos de mis compañeros de prisión, y que yo podía ser uno de los canjeados. Manifesté al conde de Thun que no podía firmar semejante carta, y que si la firmara le sería perfectamente inútil, porque en mi calidad de prisionero no podía dar órdenes ni el general Lucas estaba obligado á obedecerlas.

»En respuesta me expuso, en son de reproche, que era raro que no quisiera firmar una carta semejante, cuando había firmado en la prisión y remitido al general D. Luis Pérez Figueroa su despacho de general, lo cual era cierto y no lo negué.

»El conde de Thun me dijo entonces que nunca se había figurado que después de nueve meses de prisión estuviera tan insolente, y que el barón de Csismadia pudo haber causado un grave perjuicio al gobierno imperial si yo me hubiera evadido, aprovechándome de sus favores.

»Contesté al conde, que mejor que él conocía el barón el carácter de los dignos oficiales mexicanos, pues que él nunca los había tenido cerca y los juzgaba por el carácter de los traidores, que no se les parecían, y que las garantías que el barón de Csismadia había tomado para mi seguridad, eran inquebrantables entre hombres de honor.

»Ese mismo día entró el conde de Thun á la prisión y ordenó la clausura de nuestras ventanas, dejando las celdas de los prisioneros sin luz. Aumentó el servicio de centinelas de día y de noche, disponiendo que éstos entraran á toda hora en las celdas al hacer su vigilancia, ó se estacionaran en alguna de ellas á su arbitrio.»

Tras de expresarse esto en la Autobiografía que copiamos, el general Díaz da cuenta de los preparativos de su fuga, y de la realización de la misma, en la forma siguiente:

«Sobre mí especialmente descargó aquel general Thun sus iras, y ello me hizo resolverme á abreviar la realización de una evasión, que preparé para el 15 de Septiembre, día de mi cumpleaños. Pero coincidiendo esa fecha con el aniversario de la Independencia, no pude efectuar mi propósito en la noche de tal día, porque estaban muy iluminadas las calles de Puebla en virtud de la festividad cívica que se celebraba, y aplacé mi empresa para llevarla á cabo el día 20.

»Había yo comprado caballos y monturas, que con un criado tenía preparados ocultamente en una casa.

»El teniente coronel D. Guillermo Palomino y el mayor D. Juan de la Luz Enríquez, mis únicos confidentes entre mis compañeros de prisión, invitaron á jugar naipes, la noche en que me evadí, á nuestros demás camaradas, para tenerlos distraídos y juntos, y evitar así que anduvieran por los corredores y pudieran apercibirse de lo que pasaba.

»En la tarde del día 20 había yo añadido y envuelto, en forma de esfera, tres reatas que me proponía usar en mi evasión, dejándome otra en mi saco de equipaje, y una daga perfectamente aguzada y afilada, como única arma de que pude allí disponer.

»Después del toque de silencio me fui á un salón destechado, en donde la entrada y salida de los prisioneros no llamaba la atención de los centinelas, porque estaba destinado á usos comunes de los mismos. Llevé conmigo las reatas envueltas en un lienzo gris, y una vez cerciorado de que no

había otra persona en el lugar, las arrojé á la azotea, y con la otra reata que me quedaba, lacé una canal de piedra que me pareció muy fuerte, lo que hice con dificultad, porque no podía distinguir bien la canal, dado que no había más luz que la de las estrellas de una noche muy oscura. Me cercioré de la resistencia de aquel punto de apoyo y luego subí por la cuerda á la azotea; quité la cuerda que me había servido para subir y recogí las tres que había tirado de antemano.

»Mi marcha por la azotea para la esquina de San Roque, punto escogido por mí para el descenso, era muy peligrosa, porque en la azotea del templo, que dominaba toda la del convento, había un destacamento y un centinela, que tenían por objeto vigilarnos de la altura. Yo recorría en la azotea una parte muy sinuosa, pues cada una de las celdas tenía una bóveda semi-esférica, lo mismo que los espacios de los corredores comprendidos entre cada arco. Así es que, deslizándome entre esas medias esferas y arrastrándome por sus cavidades, caminaba necesariamente en dirección al centinela, buscando el punto por donde debía efectuar el descenso.

»La marcha diagonal, que era la más corta y más lejana del centinela, no podía ser sino aérea á través del patio. Tenía muy á menudo que suspender mi avance y explorar con el tacto el terreno por donde habría de pasar, porque había sobre las azoteas muchos pedazos de vidrio que hacían ruido al tocarlos; además, eran muy frecuentes los relámpagos, á cuya luz podía ser descubierto. Llegué por fin al muro del templo, y como allí ya no podía verme el centinela sino inclinándose mucho, seguí de pie y me dirigí á asomarme á una ventana muy elevada que daba á la guardia de prevención, con objeto de observar si había alguna alarma. Corrí allí un gran peligro, porque el piso era inclinado y estaba muy resbaladizo á virtud de la humedad producida por las lluvias frecuentes; y sin poderlo remediar, se me fueron los pies hasta los cristales, que eran poco resistentes, habiendo estado á punto de rodar al precipicio.

»Para llegar á la esquina de la calle de San Roque, por donde me había propuesto descender, era necesario atravesar por una parte del convento que servía de casa al capellán, quien tenía el antecedente de haber denunciado poco antes, ante la corte marcial, á los presos políticos que habían hecho una horadación que fué á dar á esa casa, en virtud de cuya denuncia fueron fusilados al día siguiente.

»Bajé á la azotea de la casa del capellán, en momentos en que entraba un joven que vivía en ella, y que probablemente venía del teatro, pues estaba alegre y tarareando una pieza. Esperé que se metiera á su habitación, y á poco salió con una vela encendida y atravesó por el lugar donde yo estaba. Me escondí para que no me viera á su paso y esperé á que regresara, lo cual hizo pasados algunos minutos, que me parecieron largos en aquellas circunstancias. Cuando consideré que había tiempo para que se hubiera acostado y acaso dormido, ascendí á la azotea frontera del convento, por el lado del lote opuesto al que me había servido para bajar, y seguí mi camino por ella á la anhelada esquina de San Roque, á la cual llegué al fin.

»Hay en tal esquina una estatua de piedra, de San Vicente Ferrer, que era la que yo me proponía usar como apoyo para fijar mi cuerda. El santo oscilaba mucho al tocarlo, pero pensé que tendría probablemente alguna espiga de hierro que lo sostuviera; y así, para mayor seguridad, no fijé la cuerda sino en la piedra que servía de pedestal, que era á la vez la angular del edificio, y que me pareció maciza al probar su estabilidad.

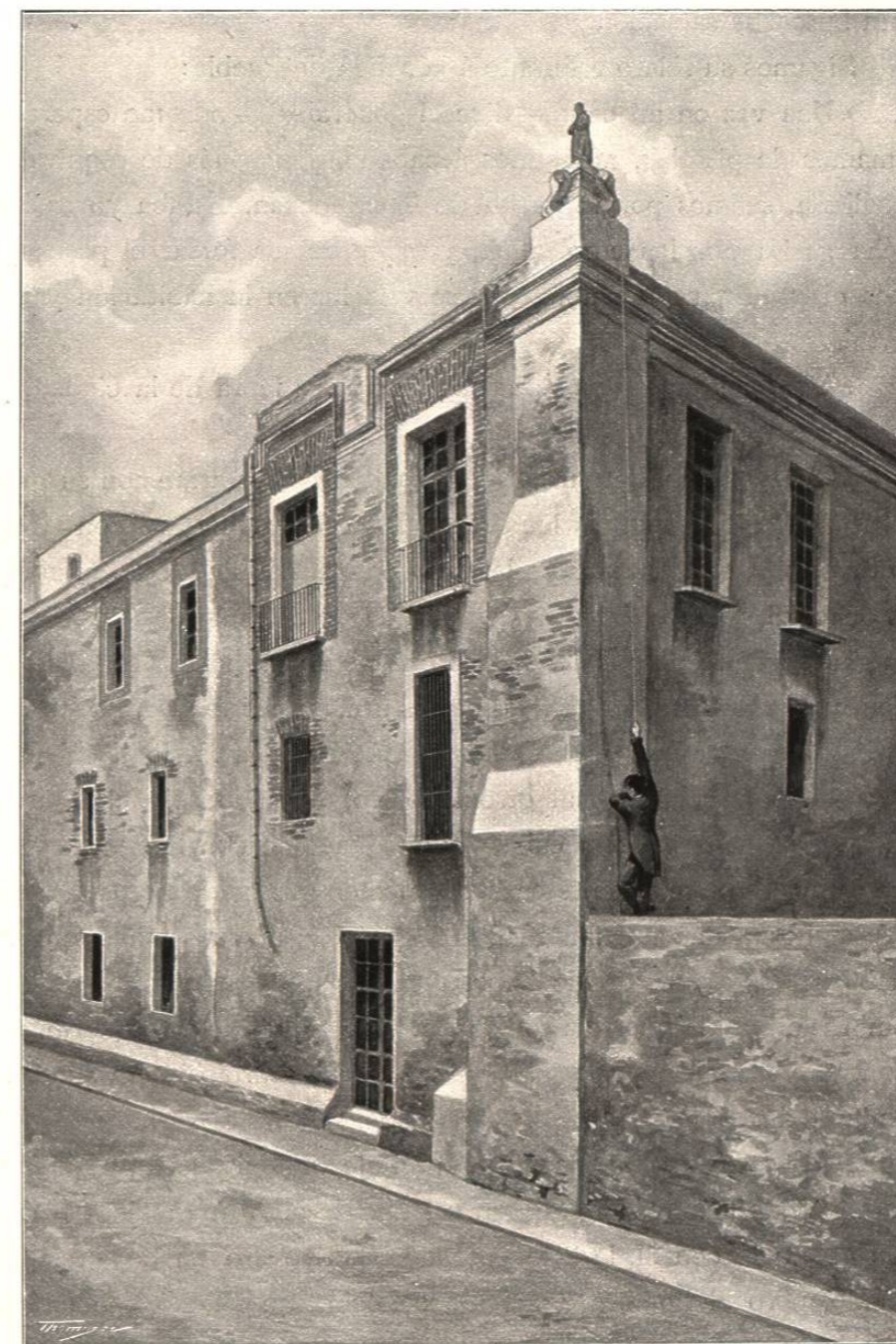
»Juzgué que si descendía yo de esa esquina para la calle inmediatamente, podía ser visto por algún transeunte en el acto de descolgarme por la cuerda; y por ese motivo me propuse bajarme

previamente hacia un lote que estaba cercado solamente, sin saber que había allí una pocilga de cerdos. Sobre ellos fatalmente cae mi daga, que se desprendió de mi cintura con el roce que efectuaba de espaldas sobre la pared al descolgarme, ayudado de la cuerda; y aquellos animales, tal vez

alguno herido, armaron un ruido tal, que podía descubrirse si alguien ocurría con motivo del escándalo que hacían. Ocultándome al bajar, hubé de dejar que se apaciguaran un tanto, y ya para brincar á la calle, subí la cerca que de ella me separaba; mas tuve que retroceder repentinamente, porque en esos momentos pasaba un gendarme haciendo su ronda y examinando las cerraduras de las puertas. Cuando se retiró dicho gendarme, salí á la vía, y respiré con libertad.

»Sudoroso y agitado por la fatiga, emprendí violentamente mi marcha para la casa donde tenía mis caballos, mi criado y un guía, y pude sin más tropiezo llegar á ella.»

Salió adelante de su aventura el prisionero, salió adelante y estaba libre; pero es de ver cómo tantas casuales circunstancias hicieron más difícil, más peligrosa y más cruel su peregrinación de aquella noche memorable de su existencia; peregrinación fantástica entre las tinieblas, escalando muros, deslizándose oculto por sinuosidades, en donde el relámpago, con su pupila inmensa, podía descubrirlo; resbalando, para caer al borde de un precipicio; encontrándose con un testigo que, con sólo gritar al verlo, pedía su sentencia de muerte; descolgándose cauteloso, en medio del silencio, desde altas cimas, y produciéndose abajo tremendos ruidos como para denunciarlo. Todo cual si un genio infernal le fuera presentando, en cada paso que demandaba todo el esfuerzo, todo el vigor y el valor de un hombre, un obstáculo no previsto, un creciente riesgo más y más inminente. Aquella



SE FUGA EL GENERAL DÍAZ

dantesca peregrinación fué una real tenebrosa serie de saltos sobre los abismos, que parecía atraían para devorar á quien se atrevía á salvarlos. Pero al fin, sudoroso y jadeante el protagonista de aquella peregrinación, que parece una horrenda pesadilla, salta á terreno firme, y su pecho respira sin angustia, y corre á emprender otras fatigas en que ya siquiera podría luchar cuerpo á cuerpo para buscar la salvación.

Sigamos su relato referente á la salida de Puebla:

«Una vez en mi casa,—dice el general,—donde me esperaba mi criado y un guía, todos nos armamos de pistolas, montamos á caballo, y después de esquivar el encuentro de una patrulla de caballería, salimos por la garita de Teotihuacán. Estaba yo casi seguro de que sería detenido en dicha garita por los empleados, y me proponía forzar el paso; pero afortunadamente no fué así, pues el portón estaba abierto y se veía luz en la habitación y colgado un caballo ensillado en el portal.

»Al trote atravesamos por allí, y una vez fuera de la ciudad, para más ganar tiempo, seguimos nuestra marcha á todo galope.

»El coronel D. Bernardino García debía esperarme con su guerrilla en el Paso de Santa María del Río, situado ya en los límites del Estado de Guerrero con el de Puebla; pero como mi evasión no tuvo lugar el 15, como yo le había anunciado, sino hasta el 20, ya García no me esperaba. Entre las ocho y las nueve de la mañana del 21 de Septiembre llegamos al paso citado del río Mixteco sin ningún incidente notable. Sabía yo que no estaban lejos de allí las fuerzas imperialistas del coronel Flon, y no abandoné mi caballo ni mis armas; por lo que, mientras mi criado y mi guía pasaban en las balsas con sus monturas, y los pasadores de servicio llevaban del diestro sus caballos en pelo para volver á ensillarlos al otro lado, yo, quitando sólo el freno, pasé á nado, agarrado con una mano de las crines de mi caballo y ayudándome con la otra, y esperé en la margen opuesta hasta que estuvieron nuevamente ensillados los de mis compañeros de viaje.

»Mi temor no era infundado: después de algunas millas que recorrimos al galope, llegamos al pueblo de Coayuca, donde había una fiesta, y donde supuse que, con ese motivo, habría algunos hombres allí de la guerrilla de García. Con objeto de averiguarlo, mandé al guía al centro del pueblo mientras yo y mi mozo lo pasamos por los suburbios, para juntarnos los tres y volver á tomar el camino del otro lado.

»En ese rodeo me encontré con el alcalde del pueblo, á quien conocí por el bastón que llevaba, y me pareció inconveniente pasar sin decirle algo que alejara toda sospecha; en la corta conversación que tuve con él, le hice entender que yo era un comerciante que iba á la costa á comprar ganado, pero el hombre aquel me conoció, me felicitó con efusión por encontrarme libre, y me ofreció sus servicios. Me hizo muchas instancias para que pasara un día en el pueblo, creyendo que estaría enteramente seguro, pues me protestaba que no tendría riesgo alguno; resistí á sus ofertas y seguí la marcha. Apenas había dado unos cuantos pasos, cuando empecé á oír un tiroteo muy nutrido, que de pronto me pareció podría provenir de fuegos de artificio, pero no tardé en percibir silbidos de balas. Entonces me dirigí rápidamente sobre una colina, separándome del camino que debíamos llevar, siguiendo á campo traviesa.

»Desde la colina pude ver que, en efecto, se trataba de un combate en el centro del pueblo, y con más razón apresuré mi marcha. A pocos momentos me alcanzó el guía, pues tanto él como yo conocíamos bien el terreno, y me informó que un escuadrón de Flon había caído de improviso á la

población, con objeto de sorprender á los guerrilleros de García, que suponía habrían concurrido á la fiesta, como en efecto concurrieron.

»Seguimos sin ser molestados hasta el rancho de García, que distaba de allí unas quince ó veinte millas.»

Tenemos, pues, al general Díaz ya libre y en campaña. ¿Qué iba á hacer en esa difícil época de su existencia, sin contar más que con su gran corazón, su inteligencia y su heroísmo? ¡Ah!, de ese corazón, de esa inteligencia y de aquel soberano esfuerzo brotaron elementos, como si apareciendo de improviso el guerrero sobre el campo, montado en su corcel y espada en mano, al grito de combate que lanzara, surgieran de la tierra las huestes que había de conducir á la victoria.

